

Ten cuidado, Piddy . . .

Y AQUI
Delgado
quiere darte
UNA
PAIIZA

MEG MEDINA

Traducido por Teresa Mlawer

YAQUI
Delgado
quiere darte
UNA
PALIZA

YAQUI
DELGADO
QUIERE DARTE
UNA
PALIZA

MEG MEDINA

Traducido por Teresa Mlawer



CANDLEWICK PRESS

This is a work of fiction. Names, characters, places, and incidents are either products of the author's imagination or, if real, are used fictitiously.

Copyright © 2013 by Margaret Medina

Translation by Teresa Mlawer, copyright © 2016 by Candlewick Press

All rights reserved. No part of this book may be reproduced, transmitted, or stored in an information retrieval system in any form or by any means, graphic, electronic, or mechanical, including photocopying, taping, and recording, without prior written permission from the publisher. Additionally, no part of this book may be used or reproduced in any manner for the purpose of training artificial intelligence technologies or systems, nor for text and data mining.

First Spanish edition 2016

Library of Congress Catalog Card Number 2012943645

ISBN 978-0-7636-5859-5 (original hardcover)

ISBN 978-0-7636-7164-8 (original paperback)

ISBN 978-0-7636-8992-6 (Spanish hardcover)

ISBN 978-0-7636-7940-8 (Spanish paperback)

25 26 27 28 29 SHD 11 10 9 8 7 6

Printed in Chelsea, MI, USA

This book was typeset in ITC Giovanni.

Candlewick Press

99 Dover Street

Somerville, Massachusetts 02144

www.candlewick.com

EU Authorized Representative: HackettFlynn Ltd,
36 Cloch Choirneal, Balrothery, Co. Dublin, K32 C942, Ireland.
EU@walkerpublishinggroup.com

A Javier, mi esposo

Capítulo 1

—Yaqui Delgado quiere darte una paliza.

Me lo dice una chica que se llama Vanesa antes de que entremos a la primera clase de la mañana.

Se me planta delante, con los libros apretados contra el pecho como un escudo protector, y me impide el paso. Es alta como yo y con la piel color caramelo. Me parece haberla visto antes en la cafetería de la escuela, pero no estoy segura. O quizá en los pasillos; es difícil saberlo exactamente.

Cuando vengo a darme cuenta, Vanesa ha desaparecido entre el enjambre de gente que va de un lado a otro.

—¡Espera! —quiero gritarle antes de perderla de vista—. ¿Quién es Yaqui Delgado?

Pero no logro salir de mi asombro y me quedo inmóvil viendo a los chicos abrirse paso a empujones. Ha sonado la campana, y no tengo claro si es el primer aviso o si es que llego tarde a la primera clase. No es que me importe mucho. Llevo cinco semanas en esta escuela y el señor Fink

no se ha molestado en pasar lista ni un solo día. Una chica que se sienta delante, cerca del profesor, echa un vistazo por el aula y simplemente marca los que están ausentes.

—¡Muévete, idiota! —me grita alguien, y sigo al resto de la gente.

Pero es Darlene Jackson la que me cuenta en el lío en que estoy metida. Es una estudiante que trabaja en la oficina de la conserjería y conoce bien a Yaqui Delgado:

—El año pasado la suspendieron por buscar pelea. —Estamos en la cafetería y Darlene tiene que alzar la voz para que la pueda oír—: *Dos veces*.

Hace solo unas semanas que conozco a Darlene, pero me doy cuenta de que le encantan los dramas, especialmente si ella ocupa la primera fila y no es suya la tragedia. Su madre pertenece a la asociación de padres y maestros y también le encanta el chisme. Darlene siempre sabe qué padres se están divorciando, quién fue suspendido y qué profesores perderán el trabajo a final de curso. No me preguntes cómo, pero Darlene se enteró de que a la profesora de Ciencias la había dejado su esposo. La semana pasada, antes de que la señora O'Donnell superara su dolor y nos enseñara las leyes de Newton, la clase entera sabía que su vida amorosa estaba arruinada.

Darlene se ajusta los lentes y me lo cuenta todo.

—Yaqui Delgado te odia. Dice que para una persona

que acaba de llegar, eres muy vanidosa. Y también dice que quién te crees que eres moviendo el trasero de la manera que lo haces. —Darlene baja la voz y me susurra—: Incluso te llamó *zorra*.

Me quedo pasmada.

—¿Que yo muevo el trasero?

Darlene fija la vista en su sándwich de ensalada de huevo por un segundo.

—Pues yo diría que sí.

¡Qué interesante! Tengo trasero hace apenas seis meses y resulta que ahora incluso piensa por sí mismo. Si mi amiga Mitzi estuviera aquí para ver esto... El año pasado, en noveno grado en mi otra escuela, yo no había desarrollado todavía. Estaba *planchadita* por todas partes: nada por delante, nada por detrás; no como Mitzi, que tiene curvas desde el quinto grado.

Fue mami la que se dio cuenta del cambio de mi cuerpo y me lo dijo sin titubear después de ver a un hombre mirándome los pechos como un idiota en el autobús.

«Piddy, necesitas ponerte sostén. No puedes ir con esos limones colgando debajo de la blusa y que todos los chicos se te queden mirando».

Me lo dijo molesta, como si yo hubiese tenido la culpa de que ese hombre disfrutara del espectáculo a costa mía.

Fue Lila, la mejor amiga de mami, la que me acompañó a comprar sostenes al día siguiente.

«Levanta esos pechos, hija, —me dijo Lila en el departamento de ropa interior mientras yo miraba boquiabierta toda esa ropa con encaje, cintas y lazos—. ¡Ah, y endereza los hombros!».

Ahora que lo pienso, lo de mover el trasero es probablemente culpa de Lila. Es por todo ese bailoteo que hacemos. Lila me está enseñando a bailar merengue como lo hacen en su club. Justo antes de que comenzara el colegio, me enseñó su colección de discos de Héctor Lavoe. Los hemos escuchado tantas veces que llevo el ritmo metido en la cabeza.

«Mueve los pies como si estuvieras bailando sobre un ladrillo —me explicó una vez cuando estábamos bailando en su apartamento—. Mueve las caderas. ¡Muévelas, así, mami!».

—Me lo mostró con un movimiento rápido de caderas de un lado a otro.

A lo mejor desde entonces me muevo como una espiral. ¿Quién sabe? Cuando Lila camina por la calle, los ojos de los hombres siempre se posan en su trasero. Hasta los conductores de autobuses disminuyen la velocidad para virarse a mirarla. Mami dice que Lila es un verdadero peligro para el tráfico.

Darlene termina su sándwich, pero deja la corteza y la echa dentro de la bolsa del almuerzo.

—A lo mejor debes practicar a caminar con más

naturalidad —dice encogiéndose de hombros—. Sin moverte tanto, como yo.

Trato de no atorarme. Darlene *no camina con naturalidad*. Camina echada hacia delante, como si la llevaran con una cuerda invisible de la nariz, dando pequeños saltitos.

—No veo nada malo en mi manera de caminar —replico.

—Haz lo que quieras —contesta—. Todo lo que te digo es que Yaqui Delgado te va a dar una paliza. —Y lo demuestra estrujando la bolsa de su almuerzo a la vez que lanza una mirada en dirección al otro lado de la cafetería, donde se sientan los latinos.

El primer día que entré a la cafetería, me quedé parada, con la bandeja en las manos, tratando de identificar los territorios: los chicos asiáticos se sentaban hacia el centro. Los chicos negros tenían un grupo de mesas que solo ocupaban ellos. Enseguida divisé la zona latina, pero no reconocí a nadie de mi clase. Según me fui acercando, vi que algunos chicos se hacían señas y se daban codazos, y era obvio que ninguna de las chicas tenía intención de hacerme sitio. De hecho, daba un poco de miedo la forma en que me miraban. Por suerte, Darlene hizo un gesto con la mano para que me sentara con ella.

Nuestra mesa está en una esquina, cerca de los basureiros. La peor zona de la cafetería. Desde que nos mudamos, he tenido que acostumbrarme a muchas cosas nuevas. En

la mesa se sientan los chicos de la clase de Ciencias del cuarto período, como Sally Ngyuen y Rob Allen. Los dos están en la clase de Física del décimo grado con Darlene y conmigo. Empiezo a darme cuenta de que quizá sea la mesa de los marginados de la Escuela Secundaria Daniel Jones.

Rob parece asustado. No es un chico feo, pero es flaco y pálido. La nuez de su garganta no para de moverse y tiene los ojos rojizos como los de un hámster. Es inteligente y por eso me gusta, pero sería mejor si su cerebro viniese envuelto en un paquete más atractivo. Puede resolver un problema de física en menos tiempo que yo, pero eso aquí no cuenta mucho. Sé con certeza que no tiene ni un solo amigo. Su taquilla está al lado de la mía.

—¿Quién te va a dar una paliza? —la voz de Rob suena entrecortada a la vez que mira fijamente la bola de papel.

—Nadie —contesto.

—Rob, ocúpate tú de tus asuntos —salta Darlene. Se vira hacia mí y pone los ojos en blanco. Aun entre los mentecatos existe una jerarquía, y Darlene está a la cabeza. Rob la atraviesa con la mirada, pero se calla.

—Darlene, yo ni siquiera sé quién es Yaqui Delgado —le digo encogiéndome de hombros—. No estoy preocupada.

—Ella sí que te conoce y te odia. Piddy, tú eres nueva aquí. Créeme, puedes darte por muerta. Estas latinas no

se andan con rodeos. Si yo fuera tú, mañana me quedaba en casa.

Paro de masticar y la miro fijamente.

—Por si no te has dado cuenta, yo también soy latina.

Darlene pone los ojos en blanco —otra vez— como si yo fuese estúpida. Piel blanca. Sin acento. Buenas notas. Para ella no encajo en el molde de latina. Podría decirle que Cameron Díaz es también latina, pero para qué molestarle. No voy a cambiar su manera de pensar.

—No me digas. ¿Y entonces por qué no te sientas con ellas?

Me pongo colorada mientras miro hacia el otro extremo de la cafetería. Es porque esas chicas son de otra calaña, nada que ver con Mitzi o conmigo. Aun así, prefiero ignorar el comentario de Darlene. Ya tengo suficiente con aquella vez que el señor Malone leyó mi nombre en la clase de Educación Física y las chicas guatemaltecas, sentadas en la parte de atrás, me miraron extrañadas. «¿Eres hispana?», me preguntaron. Las ignoré.

—Mi apellido es Sánchez, ¿recuerdas? —le dije finalmente a Darlene—. Mi mamá es cubana y mi papá es dominicano. Soy tan latina como ellas.

Termino de comer mi sándwich de mantequilla de maní y hago un esfuerzo por entablar conversación con Rob durante el resto del almuerzo, solo para fastidiarla. Pero es más difícil de lo que yo pensaba, pues Rob no es

precisamente lo que se dice un buen conversador. Pienso que le falta práctica. Suelta lo que le viene a la mente sin pensarlo dos veces.

—Me voy a hacer una daga —salta de pronto.

Me toma un segundo darme cuenta de que está hablando del trabajo que tenemos que hacer sobre Julio César para la clase de Historia.

—Recuerda lo de «tolerancia cero» —le advierto—. Conozco a un chico que en sexto grado lo suspendieron por llevar a la escuela una pistola de agua. Era Joey Halper, mi vecino, al comienzo de su carrera de bravucón.

Rob se encoge de hombros.

—Aclararé que está hecha con papel de aluminio antes de blandirla.

—¿Qué es lo que vas a blandir? —se burla Darlene.

Rob se pone colorado, y así damos por terminada la conversación. Por suerte, suena la campana y nos unimos a la estampida que sale por la puerta. Antes no puedo evitar mirar por encima del hombro en dirección a esas chicas. No veo a Vanesa, pero a lo mejor una de ellas es Yaqui, que me observa, se fija en mi trasero y me odia cada vez más. Aprieto los libros contra mi pecho y me abro paso entre la multitud tratando de caminar recta, sin mover las caderas.

Capítulo 2

Si estoy metida en este lío es por culpa de la destartalada escalera de la entrada de nuestro viejo edificio que finalmente se derrumbó, y mami dijo: «¡Hasta aquí!». De lo contrario, yo estaría en la escuela Charles P. Jeantet, al otro lado de Northern Boulevard, sin que nadie me acosara.

Todas las semanas ocurría algo en el edificio que hacía desesperar a mami: los lunes no había agua caliente; las peleas entre el señor y la señora Halper eran tan fuertes que a veces Lila tenía que llamar a la policía; los excrementos del viejo perro bóxer del 1D (en años de humanos tenía 91), que no se aguantaba antes de llegar a la calle. Todo esto alteraba el sistema nervioso de mami, que de por sí no era muy estable. Y precisamente ese día en que la escalera hizo ¡cataplum!, mami llegaba tarde y cansada porque había tenido que trabajar horas extras.

Yo estaba en la sala de Lila viendo nuestra telenovela cuando escuchamos el estruendo. Primero sonó como un

fuerte viento, seguido del ruido de una locomotora arrasando con todo. Incluso la puerta de la casa tembló un poco. Entonces escuchamos los gritos de mami.

—¡Dios mío! ¡Qué es esto? ¡Socorro!

Lila agarró el palo que guardaba detrás de la puerta en caso de que un ladrón entrara a la casa, y las dos salimos corriendo. Encontramos a mami envuelta en una nube de polvo, enterrada en escombros hasta la rodilla, justo donde los cinco escalones se habían derrumbado bajo sus pies. Cubierta por toda esa polvareda de mármol, parecía la misma estatua de una diosa griega, aunque de mirada feroz, como te imaginarías a Medusa. Las manos le temblaban y parecía que iban a reventarle las venas del cuello. Incluso después de ayudarla a salir de los escombros y entrar en el apartamento, era obvio que todo su ser reclamaba venganza.

—¡Sinvergüenza! ¡No podemos vivir como animales! ¡Somos personas decentes! —gritaba a través de la tubería de la calefacción, que bajaba desde el último piso hasta el apartamento del *súper*, cerca de donde estaban las lavadoras. Le dio varias veces al tubo con una sartén para asegurarse de que el ruido de las lavadoras y las secadoras no acallaran su voz. No creo que el *súper* tuviera ningún problema en oírlo; estoy segura de que el edificio entero se estaba enterando del escándalo que estaba montando; es más, yo diría que la cuadra entera. Te puedes dar hacer

una idea de lo furiosa que estaba mami, porque si algo no le gusta es montar escándalos. Para ella lo peor es actuar como una chusma. Piensa que los latinos en este país tenemos mala reputación, y para contrarrestar esa opinión, se esfuerza en hablar bajito y ser amable todo el tiempo.

—Cálmate, por favor, Clara —le dijo Lila bajando la candela a la tetera y abriendo la alacena para buscar miel—. ¿Quieres que te dé un ataque al corazón?

—¡No quiero calmarme! —La cara de mami era casi de color morado.

—¿Y si alguien llama a la policía? ¿Te puedes imaginar qué escándalo? —dijo logrando captar su atención.

Le dio un golpe final a la tubería antes de dejar la sartén a un lado. Entonces se dejó caer exhausta en una silla de la cocina. Echó la cabeza hacia atrás y cerró los ojos para rezar al *Señor*, aunque quién sabe si él todavía la escuchaba: han pasado quince años desde la última vez que fue a la iglesia. Cuando abrió los ojos nuevamente, eran de un color gris metálico, y su voz era apenas un susurro.

—No, no quiero un ataque al corazón, Lila. Ni tampoco quiero que venga la policía. Lo que *quiero* es marcharme de aquí. La familia Ortega tuvo suerte de mudarse cuando lo hicieron. —Los Ortega son los padres de Mitzi. Se fueron a Long Island en mayo huyendo del «elemento malo» del barrio.

«Oh, no», pensó. Otra vez, no. Cada vez que se disgusta

por algo, amenaza con mudarnos, pero nunca a un lugar razonable, como Maspeth o Ridgewood. Es siempre Hialeah o Miami, alias «La pequeña Habana».

A veces incluso llega tan lejos el asunto que nos ordena empezar a empacar. En una ocasión se disgustó tanto por el hielo acumulado a la entrada del edificio que trajo de su trabajo un montón de cajas vacías y anunció que nos marchábamos a la Florida. Por suerte, somos de los pocos cubanos de Estados Unidos que no tienen familia en la Florida y no tendríamos donde quedarnos. Lila solucionó el problema comprándole unas botas con suela de goma, en rebajas, y nos quedamos.

Tenía que actuar rápidamente.

—Mitzi dice que Long Island no es nada del otro mundo. La gente es esnob. —Es mentira. Hablé con ella la semana pasada. En realidad le gusta su nuevo barrio, a pesar de la escuela católica, solo para chicas, que fue parte del acuerdo—. ¿Por qué no demandamos al *súper*? —Esto parecía ser mejor solución que empacar todo el apartamento. Además, a mami le encantan los programas de la tele de casos judiciales—. ¿Quién sabe? Incluso nos podríamos hacer ricos si te has lastimado. ¿Cojeas? ¿Tienes un trauma psíquico?

Mami me miró irritada y se volvió hacia Lila:

—Hablo en serio, y si no me crees, mira.

Se levantó, abrió la alacena y agarró una lata de café El

Pico de la estantería de arriba. Cuando la abrió, mi corazón dio un vuelco. Dentro había un fajo de billetes como los de los traficantes de drogas.

—¡Mami! ¿Robaste un banco?

—No seas atrevida. He estado ahorrando. Y ahora ha llegado el momento. Lila, por favor, llama al señor Wu.

Lila se quedó mirando el fajo de billetes y no dijo nada. El señor Wu fue un antiguo novio de Lila, un chino que se crió en Uruguay y que es propietario de La Felicidad es un Hogar, una agencia de bienes raíces en esta parte de Queens.

Mami estaba decidida.

Lila hizo todos los arreglos tal y como mami le pidió. Todo lo que tuvo que hacer fue aceptar una invitación para cenar con el señor Wu. «Cómo no, linda. Estaré encantado de enseñarle todo lo que está disponible a tu amiga». No hay hombre que se le resista a Lila.

Al día siguiente, las tres estábamos, con el señor Wu, frente a una casa de dos familias, en la esquina de la calle 45 y Parsons Boulevard, no muy lejos de donde vivíamos. En la ventana del segundo piso había pegado un anuncio que decía «SE ALQUILA» y mostraba la foto sonriente del señor Wu de pie, delante de una parada de autobuses.

El señor Wu miraba a Lila como hipnotizado mientras buscaba las llaves del apartamento. Habían pasado seis

meses desde que rompiera con él, pero era obvio que él no había perdido la esperanza, como siempre sucedía con todos los novios que Lila dejaba. Traté de fingir que no me daba cuenta de que se le caía la baba por ella. Los hombres se vuelven tontos cuando están cerca de Lila. Es como si el aire se electrizará y no vieran nada más que a ella. Lila usa tacones altos y vende productos Avon cuando no lava cabezas en la peluquería Corazón. Totalmente opuesta a mi mamá, que es tan tradicional y siempre anda preocupada por algo. A Lila nunca se le ven las raíces del cabello y, cuando camina, es el Jean Naté lo que hace que los hombres se vuelvan locos por ella.

—Es una lástima que sea así, tan coqueta —dice mami cuando la oye taconear por las escaleras para ir a una cita en la ciudad. Pero no creo que realmente lo piense así, o por lo menos eso no impide que la quiera. Sé que la quiere porque veo cómo se le arruga el entrecejo cuando vemos a Lila, a través de las persianas, ir a la ciudad. Algunas noches me despierto y veo la mitad del sofá cama vacío y a mami mirando por la ventana esperando a que Lila regrese.

Lila no es mala persona; es alegre y le gusta divertirse. Mami, por el contrario, ha envejecido antes de tiempo. Por ejemplo, Lila disfruta del ritmo de la música salsa en la radio en lugar de pensar que el volumen está demasiado alto.



—¿Es bonito, verdad? —dijo el señor Wu, señalando el rosal que crecía junto a la cerca. Era un día cálido del mes de septiembre y los capullos aún florecían. Asentí por cortesía, no porque pensara que hacían el lugar más bonito. La casa se veía tranquila. No había escalones a la entrada donde sentarse a conversar. No había nadie jugando en la calle. Todas las ventanas estaban cubiertas por rejas blancas que a los cuatro vientos anunciaban: «Ojo con los ladrones».

Lila me agarró por la cintura.

—Está a una cuadra de la escuela —me susurró al oído.

—¿Y eso es una buena razón para mudarnos aquí?

—Bueno, tal vez no, pero por lo menos no tienes que caminar mucho para ir a la escuela.

Podía ver la escuela desde la puerta de la casa. Ocupaba la mitad de la cuadra y estaba pintada de un color verde desinfectante. Las ventanas tenían barras de metal y una pared estaba cubierta con grafiti: una mezcla de arte y barrio.

—¡Por fin! —exclamó el señor Wu haciendo una reverencia y abriendo la puerta para que pasáramos. Todos los servicios están incluidos.

Subimos al segundo piso, y él no dejó de mirar el trasero de Lila todo el camino.

Nada hizo cambiar de opinión a mami: ni la vieja alfombra azul con esa sospechosa mancha oscura que le señalé,

ni las cucarachas patas arriba de la alacena. Ni tampoco la señora Boika, una desagradable señora de Rumanía, que vivía en el primer piso y que se quedó mirándonos sin siquiera saludar, ni cuando le pregunté a mami cómo íbamos a transportar su viejo piano desde nuestro apartamento hasta este segundo piso. Es un Steinway vertical que no se ha afinado desde que lo tenemos, pero, de repente, yo me preocupaba por el piano.

—No vayas a pensar que es como en las películas de dibujos animados que suben y sacan cosas por las ventanas —dije. Pero mami me ignoró. ¿Acaso estaría pensando en dejarlo en el viejo apartamento después de tantos años? Dijo que el apartamento era perfecto. Había una parada de autobuses justo frente a la casa y no parecía haber vecinos escandalosos ni perros achacosos que ensuciasen por todas partes.

—Esas fueron sus palabras exactas —le dije a Mitzi por teléfono—. «Es perfecto».

Estaba sentada en la escalera de incendios sintiéndome realmente fatal. En verano, Mitzi y yo nos poníamos aquí a pintarnos las uñas.

—Ya verás como con el tiempo te acostumbras e incluso te gusta más. Uno nunca sabe —dijo Mitzi.

—No digas tonterías. Voy a empezar el décimo grado en una nueva escuela. La escuela tiene ventanas enrejadas y no conozco a nadie. ¿Cómo puede ser perfecto?

Silencio.

—¿Estás ahí todavía? —pregunté.

—Sí. Al menos entras a principio de curso. Perdona, pero tengo que dejarte. He de terminar un trabajo de laboratorio para la clase de Física.

Suspiré. Ni una alarma de incendios lograría que Mitzi dejara de hacer sus tareas. Su papá era médico en Honduras, pero aquí trabaja en el laboratorio de una clínica. Quiere que Mitzi sea cirujana, y estoy segura de que a ella le gustaría. Es la única chica que conozco que no hizo que Ken y Barbie se besaran desnudos, sino que jugaba a amputarles las extremidades utilizando unas tijeras.

—¿Qué hora es? —preguntó mientras se oía el movimiento de papeles—. ¡Ay! Tengo que ir a las prácticas.

—¿Prácticas de qué? —pregunté.

—Estoy en el equipo de bádminton de la escuela.

—¿El juego ese de red pequeña? ¿Eso es un deporte?

—Sí, aunque no lo creas. No soy muy buena jugando.

—Y, entonces, ¿por qué juegas?

—Porque mami quiere que haga amigos.

Las dos nos echamos a reír. Mitzi siempre ha sido tímida, todo lo contrario a su mamá.

La cosa se puso peor cuando le empezaron a salir las tetas en quinto grado y los chicos se volvieron medio tontos. A partir de entonces era yo la que tenía que poner a los chicos en su lugar, la que tenía que comprar las entradas

para el cine y pedir cualquier explicación relacionada con las tareas de clase.

—¿Vas a venir pronto por Queens? —No quise decirle «te extraño»; ella ya lo sabía.

—El primer fin de semana que no tenga partido. Podemos ir a comprar tu regalo de cumpleaños.

No pude contestarle del nudo que tenía en la garganta.

—Piddy, no te preocupes. Todo saldrá bien —dijo Mitzi antes de colgar—. Sigue mi consejo: no hay nada que puedas hacer para no mudarte, así que míralo de una manera positiva. Además, tú siempre caes bien. Ya verás, serás la chica más popular de la escuela.

Una semana más tarde, las tres empacábamos las cosas de la cocina, y yo ya extrañaba a Lila. Estaba tomando un descanso sentada en el banquillo del piano, mientras me entretenía alzando las teclas que se atascaban.

—Clara, por favor, dile a esta niña que cambie esa cara de tristeza que tiene. Me parte el corazón.

Lila envolvió dos platos en papel de periódico y se inclinó a besarme la frente:

—Tu mami tiene razón. Este no es un buen sitio para vivir. —Limpió con su pañuelo la pintura de labios de mi frente y lo volvió a guardar dentro del sostén—. Este lugar está cada día peor.

Mami me miró frunciendo el ceño.

—Piddy, deja de quejarte y ayúdanos. Cambia esa cara, por favor. Deberías estar agradecida —dijo mientras cerraba con cinta adhesiva una caja con cacharros de cocina—. El nuevo apartamento no está lejos de aquí y, ¿te fijaste?, tiene un pequeño jardín.

Lancé una mirada de esas que taladran.

—¿Te refieres a ese pedazo de tierra?

—Hay un rosál —dijo—. Te puedes sentar fuera a oler el perfume de las flores. Nada más agradable para una joven.

—¡Ay, mami! —murmuré.

—Ay, mami, ¿qué? —dijo ella imitándome.

Suspiré.

Mami siempre piensa en cosas buenas «para las jóvenes de hoy», aunque en realidad se refiere a mí. Cosas como coserle el dobladillo a los pantalones; lavar la ropa interior a mano, porque ¿qué mujer decente echa su ropa interior a lavar en lavadoras que todo el mundo usa?; aprender a freír pollo y que no quede sangre pegada a los huesos; hablar aunque sea un francés rudimentario; bordar los cojines con punto de cruz —no es broma— para que algún día pueda bordar las iniciales de mi bebé en los baberos. Todo ese tipo de cosas que me pueden preparar para el futuro.

Lo malo es que yo tengo otros planes.

Mami no lo sabe todavía, pero quiero ser científica. Quiero trabajar con animales grandes, como los elefantes; incluso irme a vivir al otro lado del mundo. Es raro: los únicos elefantes que he visto en mi vida han sido los del zoológico. Pero sigo el programa de *National Geographic* en la televisión y sé que son inteligentes, sienten y oyen cosas que los humanos no pueden. Son capaces de retener en su memoria la historia de su manada, lo bueno y lo malo. Si le digo esto a mami, pondrá el grito en el cielo. ¿Elefantes? No dejaría de hablar de malaria y de la peste a excremento que no me podría sacar de las uñas. Diría que qué clase de chica decente se interesa por los elefantes, y más cosas. Nunca terminaría.

A veces pienso que me gustaría ser hija de Lila. No es que mami no me quiera o que a Lila le gusten los elefantes. Es que Lila no me molesta. Nunca ha tenido hijos, gracias a Dios, y no tiene ni la menor idea de lo que es bueno para mí. No me pregunta si he hecho los deberes o dónde he estado. Cuando mami tiene que trabajar hasta tarde, nos hartamos de galletas de mantequilla para cenar y vemos los programas en la tele que mami dice que son basura. Si yo fuera hija de Lila, la vida sería divertida.

—Olvídate de oler las flores del jardín —dijo Lila—. ¿Una chica tan bonita como tú? ¡Los chicos se encargarán de enviarte ramos de rosas a casa! Y piensa que vas a tener

tu propio cuarto. Ahora tendrás *privacidad*. Toda chica de dieciséis años la necesita.

—Todavía no tiene dieciséis —murmuró mami.

—Dentro de unas semanas... —dijo Lila con un guiño.

Miré todas las cajas amontonadas en la sala y sentí un nudo en la garganta. Odiaba el nuevo apartamento y la nueva escuela. No me había sentido así desde el día en que el camión de la mudanza de Mitzi partió de nuestra calle.

Pero no dije nada. Tener mi propio cuarto era un rayo de luz en medio de todo. No tendría que compartir el sofá cama con mami, que roncaba y se llevaba toda la colcha para su lado. De todas formas, lo de «bonita» era algo un poco exagerado. No me considero una chica bonita. Mitzi sí es bonita, con curvas como una guitarra. Yo soy alta y flaca. Mis ojos están un tanto separados y son del color del lodo. Joey Halper dice que me parezco a una rana. A veces hace «croac, croac», desde la ventana cuando me ve.

—Eso es —dice mami—. Tu propio cuarto. Se acabó el abre y cierra de sofá y dormir en un mal colchón. Quizá ahora no camines tan desgarbada.

A través de la ventana podía ver el solar vacío de al lado y el tazón de leche que había dejado allí esa misma mañana. Movía nerviosamente de un lado a otro el elefante de jade que colgaba de mi cadena. A veces, el sonido de la cadena me calmaba los nervios.

—¿Qué pasará cuando nazcan los gatitos? —pregunté—. La gata atigrada a la que he estado dando de comer en estos días tiene ya el vientre bien bajo. Ha engordado tanto que parece un mapache.

La camada nacerá dentro de muy poco. Pienso en lo que puede pasar si no estoy aquí: los perros, el frío, los pandilleros, incluso el *súper* con una pala...

—Cariño, los gatos, en el fondo, son animales salvajes. Saben cómo sobrevivir. —Lila se acercó a la ventana y me sostuvo las manos entre las suyas—. Dame un abrazo. Verás como te esperan cosas buenas. Te lo prometo, Piddy.

Capítulo 3

La llave se ha trabado en la cerradura. En la otra casa, Lila siempre tenía una llave extra en caso de emergencia. Aquí soy yo la que tiene que resolver el problema. Hace tanto frío que me corre la nariz y tengo las manos congeladas. Tardo cinco minutos, dándole vueltas a la llave de un lado a otro, hasta que finalmente cede.

La señora Boika me observa sentada cerca de la ventana de su cocina como si yo fuera una ladrona. Si no es porque parpadea todo el tiempo, pensaría que es una momia, como la perrita chihuahua de una cliente de Lila, que tiene ojos de cristal y todo.

Las escaleras que conducen a nuestro apartamento están al lado de la puerta lateral de la casa de esa vieja bruja. Me aganto para no darle una patada a la puerta.

—Hola, señora Boika —digo a través de la puerta para darle una lección, pero no me responde.

Subo los escalones y abro la puerta. Por supuesto, no hay nadie en casa. Es viernes y mami trabaja hasta tarde en Attronica. Trabaja en el departamento de embarque, y cargar los televisores de pantalla plana está acabando con su espalda. Esta noche tendré que frotarle ungüento de yodo hasta que el olor invada toda la casa y las manos me queden aceitosas. Si esto no es una vida patética, no sé qué lo será. Ni siquiera puedo llamar a Mitzi para contarle lo que pasó en la escuela y conocer su opinión. Está en casa de su prima en Nueva Jersey hasta el sábado. Le mando un mensaje por teléfono:

«Mi trasero me ha traído problemas».

«¿¿¿Qué trasero??? Llámame el sábado por la tarde. Tengo que salir ahora».

Hay cajas medio vacías por todas partes y las empujo con el pie para abrir camino hasta llegar a la cocina. Mami y yo desempacamos algo todos los días, pero parece como si las cajas se multiplicaran por la noche y nunca terminamos. ¿Quién hubiera pensado que fuera posible acumular tanta basura?

Y lo que es peor: las cajas no indican por fuera lo que contienen. Ese era el trabajo de Lila y, conociéndola, deberíamos haberlo sabido. Simplemente se distrajo y se olvidó. «No puedo pensar cuando estoy triste», se excusó. Ahora cualquier caja que abrimos es una sorpresa. Cuando buscamos algo específico, agarramos una cuchilla, empezamos

a abrir cajas y a rebuscar como si estuviéramos en un mercado de pulgas. Hace dos noches encontré mis discos compactos junto con mi abrigo de invierno en una caja en el baño. Mami encontró la tetera en su dormitorio.

Cojo unos cereales de la cocina y me dirijo a mi cuarto, absorbo en la música que sale de mis casquitos. Todavía me llega el olor a pintura fresca y a *spray* de cucarachas, cortesía del dueño. Abro la ventana, la sostengo con una regla de madera y me echo en la cama. Es lo único que tengo, además de una vieja cómoda que mami y Lila consiguieron en el Ejército de Salvación.

No puedo quitarme a Yaqui Delgado de la cabeza. Muchas chicas mueven el trasero. ¿Cómo puede ser esa una razón para que alguien te odie? ¡Qué barbaridad!

Subo el volumen de la música para olvidarme de Yaqui y agarro mi cuaderno, pero, como es de esperar, no puedo encontrar ningún bolígrafo para hacer la tarea. Estoy segura de que hay más de uno en estas cajas. ¡En busca del tesoro escondido!

Las cajas están todas amontonadas unas sobre otras encima del piano. En realidad, allí no estorban. Mami es la única que toca el piano y nunca tiene tiempo. Sin embargo, le dio cincuenta dólares extras a los de la mudanza para que lo subieran por las escaleras hasta el segundo piso.

—Si no tocas, ¿para qué vamos a cargar con él?
—pregunté.

—Un piano le da cierta elegancia a una casa —me contestó.

Abro una de las cajas que están junto a los pedales del piano, pero contiene carteras y zapatos viejos de mami, incluso un bolsito de noche con cuentas que nunca había visto antes. La otra caja contiene todo tipo de facturas cuidadosamente dobladas y guardadas en fundas de plástico: es el sistema de contabilidad de mami. Y también encuentro una caja con fotografías. De momento, no las toco. Cuando miro fotografías viejas siento una extraña sensación, pero no es de nostalgia. A la mayoría de la gente le gusta ver fotografías viejas, pero yo me siento un poco perdida y confundida. Con todo lo organizada que es mami, nunca ha logrado encontrar un buen sistema para ordenarlas. Las fotografías son una manera de contar tu historia, pero la nuestra no parece tener un orden. Me decido a meter la mano hasta el codo y saco una. Es una foto de mami y Lila brindando con un refresco ante la cámara. Se ven jóvenes y sonrientes. Te das cuenta de que son buenas amigas. Meto el brazo nuevamente y saco otra: es de Mitzi y yo, en la clase de la señora Resnick, las dos sonrientes, pero a mí se me ven dos dientes de conejo. Estamos de pie delante de nuestro diorama, el mejor de la clase. Saco otra foto y estamos mami y yo, bajo una sombrilla, en la playa de Rockaway, junto a los Ortega. Saco otra más y es una foto de cuando yo era bebé, sentada

en mi sillita de comer y con la cara toda embarrada de tamales.

Continúo con este juego un buen rato; casi ha anochecido cuando me levanto y logro estirar las piernas. Si mami supiera lo que he estado haciendo, seguro que se enojaría. «¿Qué buscas?», me retaría, aunque lo sabría de sobra: una fotografía de mi papá. Mami y Lila se aseguraron, con la ayuda de un mechero, de que no quedara evidencia alguna. Puedo excavar hasta llegar a China y no encontrar ni una sola foto. Es como si él nunca hubiera existido.

Cierro la caja y la empujo hacia un rincón. Dejo caer mis dedos con fuerza sobre las teclas y grito:

«¡Señora Boika! ¿Le gusta la melodía?».

Los bolígrafos, ahora que recuerdo, los vi en la caja de detergentes, en el cuarto de baño.

—El problema no es tu trasero. Te apuesto lo que quieras a que es por un chico —dice Mitzi, agarrando una blusa del perchero.

Es domingo y estamos en la tienda. Ella tiene treinta dólares para mi regalo de cumpleaños: unos aretes de elefante y, si le sobra dinero, una blusa para ella.

—Estoy cansada de llevar el uniforme y apenas estamos en octubre —murmura colocando la blusa en el perchero nuevamente.

Tan pronto como se bajó del autobús N16 esta

mañana, le conté lo que Vanesa me había dicho a la hora del almuerzo. Incluso caminé delante de ella para que me dijera la verdad sobre mi forma de caminar. En la escala del uno al diez, me puso un siete por la forma de mover el trasero.

La miro fijamente y arrugo el ceño.

—¿Qué quieres decir con eso?

—¿Sabes lo que es llevar medias de poliéster hasta las rodillas todo el día?

—No me refiero a eso. ¿Qué quieres decir con que es por un chico? No conozco a ningún chico.

—No me vengas con ese cuento. Eso es lo que *tú* piensas. —Y noto un tono de reproche en su voz. Ningún chico ha mirado a Mitzi a los ojos en años; las miradas se posan directamente en su pecho—. Te apuesto lo que quieras a que su novio se ha fijado en ti o algo parecido. Y si es así, puedes darte por muerta.

—¿Y qué culpa tengo yo? Si ni siquiera sé quién es ella.

—Pues averígualo.

—¿Cómo? ¿Espíándola?

—Exactamente.

—¿Cómo puedo hacer una cosa así?

Mitzi me mira fijamente y mueve la cabeza de un lado a otro.

—¡Por favor, Piddy! Usa tu cerebro, que para eso lo

tienes. —Agarra otra blusa y la alza. Es ancha y amplia, como a ella le gusta—. ¡Esta me encanta!

Compartimos el probador. Yo me pruebo un vestido azul apretado con un diseño africano y ella la blusa que ha elegido. Pienso en los chicos de la cafetería. A lo mejor Mitzi tiene razón. Quizá alguno de ellos se ha fijado en mí. Cosas más extrañas que esa han sucedido.

—¿Te gusta? —le pregunto saliendo del vestidor y dando vueltas frente al espejo. No es un vestido de niña, eso es seguro. Mami se me quedaría mirando y diría algo como: «Demasiado corto e indecente».

—Perfecto —dice Mitzi.

Nos acercamos a la caja para pagar y el dependiente, sonriente, nos pregunta:

—Jovencitas, ¿encontraron todo lo que buscaban?

Es bastante mayor, tendrá unos treinta años más o menos, pero es guapo. Mitzi se sonroja y baja la vista.

—Sí, muchas gracias —le digo.

Mitzi me agarra del brazo y salimos de la tienda con nuestras compras. El dependiente se despide con la mano.

—¡No hay duda del poder arrollador de tu nuevo trasero! —dice Mitzi sonriendo.

Le doy un codazo, y muertas de risa salimos a la calle.

Capítulo 4

Leí en algún lugar que un matemático afirmó que podía resolver ecuaciones difíciles mientras dormía. Aseguraba que su subconsciente podía solucionar problemas que no lograba resolver despierto.

No es que yo sea un genio, pero pienso que mi cerebro funciona de la misma manera.

El lunes, cuando me despierto, ya tengo el plan perfecto para averiguar quién es Yaqui Delgado.

—¿Adónde vas tan temprano? —me pregunta mami en el momento en que me pongo la sudadera para salir a la calle—. Te hice huevos.

—Al colegio —le digo mostrándole una barra de cereales que encontré en la alacena—. Tengo una reunión del club.

A mami se le ilumina la cara y, de repente, me siento mal por haberle mentado. La verdad es que los únicos

estudiantes que llegan temprano al colegio son los que reciben el desayuno gratis. Yo, por supuesto, no me quedaría ni un minuto más de lo necesario en ese colegio. Pero en este momento me conviene que mami crea que voy a un colegio como el de Mitzi, donde prácticamente todo el mundo vive allí.

—¿De qué club? —pregunta.

—De la biblioteca —digo, y salgo por la puerta para evitar que me haga más preguntas.

Cuando llego no hay casi nadie en el patio de la escuela, excepto unos cuantos chicos cerca de la valla. Reconozco a un par de ellos de la mesa latina. Apresuro, en vano, el paso para que no me vean.

—¡Mueve esas caderas, mamita! —grita uno de ellos haciendo gestos con las manos. Me dan ganas de volverme y hacerle un gesto feo con el dedo, pero apresuro el paso y subo los escalones de dos en dos.

La biblioteca está desierta, como siempre. Las pocas veces que veo chicos allí es cuando van con sus profesores, y recorren las estanterías como zombis. Me dirijo a la sección de referencia buscando mi objetivo. Si no tuviera prisa, me quedaría a hojear los libros; de hecho, me gustan las bibliotecas; no precisamente esta, sino las majestuosas, como la Biblioteca Pública de Nueva York de la calle 42, decorada en mármol y madera, y que no cuesta

nada. Cuando Mitzi y yo estábamos en primaria, la señora Resnick nos llevó a visitar la Biblioteca de Nueva York para escuchar la hora del cuento. Cuando terminamos, nos sentamos en la escalinata, cerca de los leones, a comer *pretzels*. Recuerdo que tiré migas a las palomas. Pero lo que más me impactó fueron las lamparitas de las mesas y ese silencio absoluto que hacía resonar las suelas de nuestras zapatillas cuando caminábamos por las salas de lectura, con el dedo índice sobre nuestros labios, en señal de silencio. Recuerdo que la señora Resnick nos dijo: «En un lugar como este pueden encontrar toda la información que buscan».

Veremos.

—¿Puedo ayudarte? —Me sobresalta escuchar la voz de la bibliotecaria. Me vuelvo despacio y me encuentro con una señora pequeña que me mira por encima de sus lentes. Ella, a su vez, parece sorprendida de encontrar a un ser vivo. A lo mejor piensa que soy un espíritu.

—Estoy mirando —digo, y desaparezco por el siguiente pasillo.

No tardo mucho tiempo en encontrar lo que busco. Está en una de las estanterías de arriba, en la sección de referencia. Es la colección de las memorias anuales de la escuela desde 1960. Agarro el último anuario, lo meto debajo del brazo y camino hacia el escritorio que está a la salida.

—Lo siento, pero los anuarios no se pueden sacar de la biblioteca —me explica la bibliotecaria fijando sus ojos de águila en las palabras claramente estampadas en la tapa del anuario: «NO SE PERMITE SACAR DE LA BIBLIOTECA».

De repente, se me enciende la bombilla y digo:

—Lo siento. Soy nueva en la escuela. La señora Gregory de la consejería me dijo que lo pidiera prestado para ver si hay alguna actividad extracurricular que me pudiera interesar. Creo que hay un club audiovisual, ¿verdad?

No hay duda: soy un genio.

—¡Todos a sentarse! Tenemos mucha materia que cubrir —dice la señora Shepherd entrando como un bólido a la clase, con un lápiz enganchado en la oreja y una carpeta llena de papeles para corregir. Si la comparas con el resto del profesorado de DJ, es buena. Le gusta decorar su aula como si estuviéramos en primaria y nos trae golosinas los viernes. Dice que para ella somos «como un rayo de sol».

Me siento en la última fila, cerca de la ventana, lo suficientemente lejos de ella como para pasar desapercibida. Últimamente es mi puesto favorito en todas las clases, a diferencia de Darlene, que le gusta sentarse en primera fila, desde donde puede ver lo que la maestra anota en su cuaderno. La señora Shepherd escudriña la clase. Hoy toca

entregar los trabajos sobre *Julio César*. Mitzi me ayudó a coser mi toga antes de irse a su casa el domingo. Trenzamos una corona con hiedra de seda plástica.

—¿Quién quiere ser el primero?

Me escurro en el asiento mientras la señora Shepherd selecciona al primer voluntario: (adivinen quién) Darlene. Ha escrito una trágica carta de suicidio de Porcia a Brutus y la lee dramatizando su voz con lágrimas de cocodrilo y todo.

Confío en que la señora Shepherd no me escoja a mí hoy. Por más que trato de pasar inadvertida, ella me hace preguntas todo el tiempo. La semana pasada no se me ocurría nada para el ensayo que tenía que hacer, hasta que me acordé del decrepito perro bóxer de nuestro antiguo edificio, cuyo dueño, el inquilino del 1D, es un veterano de la guerra de Irak y se parece físicamente a Jesucristo. A la señora Shepherd le gustó lo que escribí. Hizo varios comentarios en los márgenes y leyó en voz alta la parte en la que el bóxer sale a la calle, se mueve de un lado a otro sobre sus achacosas patas y olfatea el aire como tratando de recordar mejores tiempos. Casi me muero. No es que no me agradara el hecho de que le gustara lo que escribí, pero no se daba cuenta de que se me subían los colores a la cara y de que quizá ya era el momento de leer otro trabajo. Es un hecho: ser nueva en la escuela y llamar

la atención de la maestra automáticamente te convierte en enemigo público número uno. ¿Qué ganaría con eso? Me acusarían de ser una sabelotodo y una engreída. Es mejor ser parte de la manada (la sabiduría de los elefantes nunca falla).

Miro nerviosamente el reloj de la pared rogando que no me pregunte. Aunque me sé el discurso de Brutus de memoria, ahora tengo otras cosas más importantes en la cabeza, como Yaqui Delgado. Por suerte, muchos chicos levantan la mano, así que me quedo tranquila hojeando las páginas del anuario que tengo en el regazo, mientras me rodea el zumbido de voces del aula. Termina una presentación y comienza otra, pero yo apenas presto atención. Algunos alumnos han traído artículos que han escrito sobre el asesinato de Julio César. Un chico hizo un diorama; pienso que un poco de ayuda de parte de Mitzi y mía no le hubiese venido mal. Ha pegado figuras del Lego con plastilina y las columnas están hechas de polietileno. Se excusa alegando que se le dan mejor las matemáticas que el arte.

Darlene está furiosa. Me sobresalto al escuchar su voz:

—¿Cómo es posible que se acepte un trabajo como este? —pregunta—. Cualquiera puede colocar unas figuras sobre plastilina. ¡Yo hice eso en segundo grado de primaria!

—Darlene, cada cual tiene su propia vena artística. Noto que la cara de la señora Shepherd se contrae por los comentarios de Darlene.

—¿Alguien más?

Sally Ngyuen se levanta y va hacia el frente de la clase. Me dispongo a seguir hojeando el anuario cuando reparo en algo en lo que no me había fijado antes.

La palabra «zorra» está garabateada en mi pupitre. No sé por qué, pero el corazón me da un vuelco; no es como el resto de grafitis y mensajes que inundan el colegio. Por ejemplo, la butaca J-8 del auditorio. La semana pasada, durante la asamblea *Alcanzar la Cumbre*, me enteré de que en el brazo de la butaca puedes ver la imagen, un poco gastada, de un pene. A nadie le gusta sentarse en esa butaca cuando hay asamblea, porque te conviertes en el hazme-reír del colegio. Y si no, pregúntale a Rob.

Me senté en este pupitre y ni siquiera me había dado cuenta. Tapo la palabra con la carpeta para que nadie la vea, pero tengo la impresión de que todos en la clase lo saben y de que el mensaje, en realidad, va dirigido a mí. Es lo que Yaqui me llamó, ¿verdad? ¿Tendrá espías en el aula? ¿Me estará acechando *ella a mí*? Echo una mirada por toda la clase para ver si veo a alguien sospechoso, pero las expresiones solo delatan una total apatía.

Abro el anuario y paso las páginas tan rápidamente

como puedo: club de baloncesto, ping-pong, arte, drama. Miro la tapa para asegurarme de que no es un error. El colegio de este libro no se parece en nada al que yo voy todos los días, donde tres de cada diez estudiantes no se graduarán. No muestra esa sensación de vacío que se respira por todas partes; los baños a los que no me atrevo a entrar o la mirada perdida que se refleja en los ojos de los estudiantes al entrar o salir de clase.

Paso las páginas frenéticamente, señalando con el dedo cada línea, hasta que finalmente la encuentro.

Yaqui Moira Delgado. ¿Moira? «Vaya nombre», pienso con satisfacción.

Es delgada, de ojos pequeños y lleva el pelo recogido en un moño. Mira fijamente a la cámara, la cabeza ligeramente ladeada, en una ridícula pose fotográfica. Podría decirse que es bonita. Me fijo con cuidado tratando de memorizar su rostro gris de dos pulgadas. Ahora que me acuerdo, se sienta en la mesa con las otras latinas.

«Te odio», parecen decir sus ojos.

—Piddy, baja de esa nube.

La señora Shepherd me mira por encima de los lentes, mientras que en la clase reina un silencio absoluto. Se sonríe con esa manera peculiar que tiene y me doy cuenta de que ha estado pronunciando mi nombre repetidas veces. Deslizo el anuario bajo el pupitre y me enderezo.

—Lo siento.

Demasiado tarde. Está de pie, cerca de mi pupitre, y mira fijamente a mi regazo.

—¿Qué guardas ahí?

Me ruborizo.

—Nada.

Se acerca más con la mano extendida.

—Es solo el anuario del colegio —digo entregándole el libro—. Buscaba... —continúo apenas en un susurro.

La señora Shepherd guarda el libro bajo el brazo. La clase entera se ha dado la vuelta para verme, y se me hace un nudo en el estómago.

—¿Estás lista para presentar tu trabajo? —Me doy cuenta de que me ha dejado para el final, como el postre.

Tengo las manos frías y agarrotadas. El reloj indica que faltan solo siete minutos para que suene la campana y salir al pasillo donde es posible que Yaqui Delgado me esté esperando.

—¿Piddy? —dice la señora Shepherd—. ¿Estás lista?

Me quedo lívida. Escondo el disfraz debajo de mi pupitre. No sé si es miedo escénico, sobrecogimiento por el insulto en mi pupitre o el hecho de que, de repente, Yaqui es algo real.

Abro la boca, pero no me salen las palabras. Muevo levemente la cabeza mientras con mis dedos busco mi cadena. El elefante se balancea de un lado a otro.

—Tengo una daga —se escucha una voz al otro extremo del aula.

La señora Shepherd se vuelve bruscamente en un momento de pánico. Ve a Rob de pie. Este saca la daga de su mochila y se la muestra.

—Es de papel de aluminio, lo juro —dice—. Puedo presentar mi trabajo si me lo permite.

Todos se echan a reír. ¿De Rob? ¿De mí? No estoy segura.

—¡Vaya, qué gracia, Rob! —dice la señora Shepherd ya más calmada—. ¡A callar todos!

Se vira hacia mí y anota algo en su cuaderno, mientras que Rob se coloca al frente de la clase.

—Ven preparada mañana o tendré que ponerte un cero —susurra—. No quiero hacerlo porque afectaría tu nota final.

Miro a lo lejos fingiendo que no me molesta haberla decepcionado. La verdad es que nunca me han puesto un cero. Desde no sé cuándo, quizá desde tercero de primaria, siempre he quedado en segundo lugar para ser «Estudiante del Año» (Mitzi siempre ganaba). Mami tiene todos los diplomas de honor dentro de una carpeta junto con otros papeles importantes.

La noticia del cero me ha tomado por sorpresa. Me siento un poco avergonzada, pero a la vez desafiante,

especialmente ante Darlene y los otros estudiantes que me miran fijamente.

Rob está al frente de la clase y se traba con cada línea que lee; mata el soliloquio, peor de lo que Brutus hizo con César. Alza la daga y asesta un golpe en el aire. Si no fuera porque conozco la frase que dice a continuación, juraría que me habla a mí directamente:

«¡Oh, juicio! Huido has entre fieras ignorantes que los hombres han perdido la razón...».

Aprieto el elefante con fuerza. Solo consigo pensar en los ojos de Yaqui Delgado, en qué clase de capa usa y con qué daga me atravesará.

Capítulo 5

—¿Te has vuelto loca? ¿Cómo se te ocurre coquetear con Alfredo? —Darlene me acorrala contra mi taquilla. Me llega el olor a frutas del chicle que mastica. ¿Es que quieres morirme o qué te pasa?

—¿Alfredo? ¿Qué es lo que pasa en este lugar y además siempre con personas que ni siquiera conozco? No hay ningún chico que me guste.

Bueno, es una mentira mayúscula. Es cierto que no tengo idea de quién es Alfredo, pero me gusta el señor Grandusky, el joven asistente del profesor de Historia Universal. Lleva lentes a la última y una corbata de *SALVAR A LOS ELEFANTES*. Una vez, cuando me preguntó: «¿Qué define una revolución?», casi me desmayo.

Darlene se cruza de brazos.

—Bueno, me dijeron que te vieron esta mañana hablando con Alfredo en el patio del colegio. Y, por si no

lo sabes, Alfredo es el novio de Yaqui Delgado de toda la vida.

—Yo no hablé con *nadie* en el patio. —Pero entonces me acuerdo de los dos chicos que me silbaron y se me hace un nudo en la boca del estómago.

—Tienes cara de culpable —dice Darlene.

—En absoluto. Estoy de mal humor. —Y cierro de un golpe mi taquilla.

Darlene mueve la cabeza de un lado a otro.

—No hay por qué preocuparse —digo con firmeza—. Jamás he hablado con Alfredo. Y ahora vámonos o llegaremos tarde a clase.

—¿Qué? —grita Mitzi por teléfono—. Habla más alto. Estoy en el gimnasio.

Está en un partido de bádminton, y yo, en la lavandería de la esquina. Intento ponerla al día de lo que ha ocurrido hoy en el colegio.

De verdad que no lo entiendo. A Mitzi nunca le han gustado los deportes, hasta ahora. A menos que yo fuera la capitana del equipo, la seleccionaban a última hora, con excepción del certamen de ortografía, desde kínder. Debería alegrarme por ella, pero no es así. A decir verdad, me siento molesta. Me parece tonto ese juego con esas ridículas raquetas.

—¡Es un chico! ¡Tenías razón! —grito.

—¿Estás en Corazón? —pregunta ella.

—Olvídate. Hay mucho ruido. Llámame cuando llegues a casa.

Cuelgo y me quedo observando la ropa enjabonada que da vueltas dentro del tambor de la lavadora. Ahora mami trabaja más horas en Attronica y me toca a mí lavar la ropa.

«¿Qué? ¿Que tienes cosas más importantes que hacer? —dijo mami cuando le reclamé que ya yo me encargaba de preparar la cena—. Piedad, yo trabajo duro para no morirnos de hambre. Eso es lo menos que tú puedes hacer».

En casa de Mitzi lo de la subsistencia no es un tópico de conversación. Sus padres son un poco anticuados, algo aburridos y simples. Su papá trabaja en una clínica, su mamá atiende la casa y siempre que puede, trabaja de voluntaria. Cada uno tiene su responsabilidad, a excepción de Mitzi, que solo estudia. Y eso me molesta también. ¿Cómo sería mi vida si mi papá viviera con nosotros? Más llevadera, seguro, como la de ella.

Cuando era pequeña, me entretenía con un juego que llamaba «¿Quién es papi?». Podía jugar en todas partes: en el supermercado, en el autobús, en la calle. Veía a un hombre y me imaginaba que era mi papá disfrazado, que me seguía a corta distancia. Me imaginaba que se presentaba y me decía: «¡Piddy! ¡Cuánto lo siento! No he dejado de pensar en ti en todos estos años».

Un día, cuando estábamos de compras para la vuelta al colegio, casi sigo a un hombre, jugando a que era mi papá, hasta la sección de caballeros de la tienda. «¿Adónde vas?», me preguntó mami lanzándome una de sus miradas y sacándome rápidamente del lugar.

Cuando la máquina de lavar para, me doy cuenta de que uno de los tirantes de mi sostén se ha enredado tanto en el eje de la lavadora que prácticamente tengo que meter medio cuerpo dentro para poder desenredarlo. Me olvidé de seguir la regla de oro de mami con respecto a nuestras prendas personales. Debo admitir que ella *casi siempre tiene razón*, y pensar en eso me da más rabia todavía.

La encargada levanta la vista del periódico y pregunta:

—¿Pasa algo?

—No, nada —balbuceo.

Al final no separo la ropa, sino que agarro el bulto completo y lo meto en la secadora. Echo más monedas y confío en que la ropa se seque.

Abro el libro de Historia para estudiar, pero es imposible, aun cuando trato de contestar en mi mente las preguntas de Grandusky: «¿Qué constituye una revolución? ¿Quién es responsable de un alzamiento?».

Fijo la vista en la secadora y me quedo absorta en mis pensamientos, que dan vueltas como la ropa.

¿Qué significa coquetear? ¿Qué significa hablar con una persona? ¿De quién es la culpa de mi fracaso social?

Capítulo 6

Dos días más tarde, en la cafetería del colegio, aprendo un nuevo juego.

Lo aprendo de Yaqui Delgado.

Se llama «bola rápida» y se juega cuando los profesores no están mirando. No es un deporte que se mencione en el anuario del colegio, pero es real.

Dos grupos de jugadores: la mesa donde almuerzo contra un enemigo invisible. Equipo de juego: un envase de cartón de leche con chocolate y una pared de ladrillo. No tienes que pedir turno para jugar o esperar con humillación a que te seleccionen. De hecho, si te seleccionan primero, considérate desafortunada.

Darlene está enfrascada en una discusión sobre el examen de Física que nos han puesto por sorpresa cuando, de repente, vuela por el aire, como un proyectil, un cartón de leche con chocolate. Choca contra la pared, justo detrás

de donde me siento, y explota. Cada genio de mi mesa está empapado de leche. Por un segundo nadie se mueve. A Rob parece que le corrieran lágrimas de chocolate por la cara. Darlene, chorreando, mira sorprendida sus manos a través de sus empañados lentes. La gente señala nuestra mesa; algunos chicos que se sientan cerca de nosotros y que también se han visto salpicados nos maldicen al salir de la cafetería.

Examino las caras borrosas tratando de identificar al lanzador de la bola rápida del día, aunque sé exactamente quién ha sido. La mayoría de las chicas de la mesa latina nos da la espalda. Todas menos una.

Yaqui.

La reconozco inmediatamente por la foto del anuario. Su rostro no se inmuta cuando nuestras miradas se encuentran. Está sentada al lado de Alfredo. Me mira de arriba abajo y se da la vuelta lentamente.

Mientras tanto, la señora Posey, encargada de mantener el orden en la cafetería, llega jadeando antes de que logre ponerme de pie. Leche de chocolate corre por las paredes y por la mesa hasta caer al suelo. Observa el cuadro con indignación.

—¿Quién ha hecho esto? —Nos mira como si nosotros fuéramos los culpables. Estamos tan sorprendidos que nadie es capaz de contestar—. ¡Conserje! —grita por el *walkie-talkie*—. Conserje, ¿me oye?

Me hace una señal para que no me levante:

—No te muevas. Que nadie se mueva.

Hago un gesto grosero con el dedo debajo de la mesa. Leche de chocolate me corre por la blusa y los vaqueros hasta la ropa interior.

El conserje usa un trapeador mugriento para limpiar el piso. Se llama Jason, y por el acné que tiene en el cuello se ve que es muy joven. Trato de no mirarlo mientras limpia. Tampoco miro a los chicos que están en la cafetería, señalándonos, muertos de risa. Mi pelo chorrea leche. Soy el hazmerreír de todos.

—Levanten los pies —dice el conserje.

Sé lo que está pensando mientras pasa el trapeador por el piso: somos el blanco perfecto. Débiles. Ser débil equivale a ser el blanco de todos, a que te odien y abusen de ti.

Cierro los puños con fuerza. Quiero darle un puñetazo a alguien. Rob permanece inmutable, como si su espíritu hubiera abandonado su cuerpo y no quedara nada.

Darlene busca en su bolsa la camiseta de rayas de su conjunto de gimnasia.

—Se me ha estropeado la blusa —dice furiosa—. Tan cara..., y encima ahora con esta camiseta voy a parecer un payaso.

La sujeto por un brazo antes de que se vaya.

—¿*Qué?* —salta.

Mi voz es casi un gruñido.

—Necesito saber más de Yaqui Delgado.

Darlene hace un movimiento de cabeza y pone los ojos en blanco.

—¡Caray! ¿*No te basta?*

Capítulo 7

Camino aturdida de regreso a casa. Mi blusa huele a vómito de bebé y tengo el pelo tan pegajoso que no puedo ni pasarme el peine. De niña la leche con chocolate me encantaba, pero con esto ese recuerdo se ha arruinado para siempre.

—¡Hola!

Alzo la vista y me sorprendo al encontrarme delante de mi viejo edificio. Puse el piloto automático y ni me enteré. Soy uno de esos elefantes africanos que por mucho que se alejen, siempre encuentran el camino de regreso a casa.

Joey Halper está sentado en los escalones de la entrada saboreando una paleta helada a pesar del aire frío de octubre que se cuela por mi chaqueta. Me sonrío con esa forma tan particular suya. Lleva un nuevo corte de pelo: completamente rapado, como los presos. Quiere dar la impresión de ser un granuja, pero no lo consigue. Incluso el día en

que la patrulla lo trajo a casa por robar en una tienda, tenía aspecto más bien de niño asustado; hasta me pareció que lloraba. Nunca le mencioné este incidente. No acostumbro a preguntarle cosas. Lleva el pelo tan rapado que te dan ganas de pasarle la mano por la cabeza, aunque nunca me atrevería. Ha pasado mucho tiempo desde que Joey y yo nos sentábamos a mirar las orugas que caminaban por las ramas.

—¡Hola! —respondo.

Me mira de reojo, posiblemente sorprendido por el aspecto que tengo, pero no dice nada.

—¿No te habías mudado? —pregunta.

—Veo que estás enterado.

A través del cristal de la puerta puedo ver la escalera todavía dañada. Una rampa de madera cubre los escalones. Una cinta de plástico amarilla con la palabra «PELIGRO» rodea la escalera como si señalara la escena de un crimen.

—¿Aún no han arreglado la escalera? —pregunto.

Se encoge de hombros.

—¿Y eso qué importa? Pero te recuerdo que me debes cinco dólares. Yo gané la apuesta. Los dos sonreímos. El día antes de que la escalera se desplomara, Joey y yo nos deslizamos por ella como surfistas.

«Cinco dólares a que no dura ni una semana», había dicho balanceándose. Fue como cuando éramos niños, antes de que mami decidiera que él era mala compañía y

me prohibiera ir a su casa. Debí imaginarme que alguien como Joey podría con seguridad predecir una catástrofe, dada su experiencia en estas cosas. Su padre bebe mucho, y cuando esto sucede, explota. Para Joey predecir una catástrofe es ya una ciencia.

—¿Y qué te trae por aquí? —pregunta dándole un mordisco a la paleta—. ¿Acaso me echabas de menos?

Me sonrojo. Es guapo, incluso para un futuro convicto. Mitzi piensa lo mismo. Su pregunta me agarra por sorpresa y no es la primera vez. Recuerdo una vez que me dijo: «¿Qué es peor, no tener padre o tener un padre borracho como el mío?».

—Bueno, contesta.

Me siento incómoda por su insistencia y por el aspecto que tengo. Pienso rápidamente y le señalo la hilera de los buzones de correo.

—Vine a ver si había llegado alguna carta para nosotras.

Suelta una carcajada. Uno de sus dientes delanteros tiene una pequeña cisura, que le da cierto atractivo.

—Pero, Rana, no me digas que hay gente que te escribe...

—No te hagas el gracioso. Y a *ti*, aparte del agente encargado de casos juveniles, ¿te escribe alguien más?

—¡Croac, croac!

Vaya bienvenida.

Paso a su lado y toco el timbre de la casa de Lila.

Siento su mirada en mi espalda o quizá en mi trasero, me da igual.

—¿Quién es? —se escucha la voz de Lila.

—Soy yo, Piddy. Por favor, déjame entrar —hablo por el intercomunicador. Se me hace raro no vivir aquí, no tener mi propia llave para entrar. Me dispongo a decírselo a Joey, pero cuando me viro, ya no está.

El televisor se escucha a todo volumen. Lila es adicta a las telenovelas y *El diablo y el amor* es su preferida. De lunes a viernes, todos los días, a las tres de la tarde.

Lila sopla el esmalte de uñas que se acaba de aplicar y me hace una señal desde la sala para que entre.

—¡Apúrate! ¡Has llegado a tiempo! —dice—. Creo que va a recobrar la vista hoy.

En la televisión, Yvette, la heroína de la telenovela, está en la cama de un hospital con los ojos vendados. Está rodeada por su esposo y su suegra, quien secretamente ingenió el accidente algunos episodios atrás. En un minuto se armará el lío, exactamente como a Lila le gusta, con llanto, gritos y amenazas. Dejo mis cosas sobre la mesa y me dejo caer en el sofá, no muy cerca de ella para que no le llegue el mal olor. Qué bien se siente estar en casa de nuevo.

Lila me acerca un plato sin decir nada. Es nuestra merienda habitual: galletas de soda con paté de salchichas

de Viena. Puro veneno, según mami. Me meto una galleta en la boca y me quito los mugrientos zapatos.

Cuando ponen los anuncios, Lila se vuelve hacia mí.

—¿Te gusta? —Me muestra unas uñas perfectas, en forma de almendra. Se las ha pintado de negro con puntitos rojos—. Llamativas, ¿no? Es uno de los colores de este otoño.

Sobre la mesa de la sala hay un montón de bolitas de algodón embadurnadas con pintura roja. La combinación del olor de la acetona con el paté y la leche cortada es horrible. Me aparto un poco.

—¿Te llegó nueva mercancía? —le pregunto.

Agarra una galleta de mi plato con la yema de los dedos y se la lleva a la boca.

—Sí, llegó esta mañana. Tenemos una oferta especial, señorita Sánchez —me dice Lila con su voz de vendedora profesional. Le gusta practicar conmigo antes de gastar los tacones de sus zapatos tocando puertas. Este esmalte ahora solo cuesta 3.99 dólares; su precio normal es de cinco dólares.

Trato de imaginarme a las señoras del barrio con uñas de vampiro negras y rojas. Pienso que a Joey Halper le quedarían mejor que a ellas: unas uñas pintadas de negro serían el complemento perfecto a sus tatuajes. Pobre Lila. Creo que mami tiene razón cuando dice que ella misma es su mejor clienta.

—¿Qué le pasó a tu blusa? —dice tapándose la nariz—.
¿Y a los vaqueros?

Tengo una mancha que parece una explosión de chocolate en la pierna derecha del pantalón.

—Una pelea en la cafetería del colegio —miento—.
¿Cuáles son los nuevos productos?

—Mira tú misma —dice fijando su atención en la televisión—. Pero no te lleves todas las muestras como la última vez.

Su maletín de Avon está abierto a sus pies y no pierdo el tiempo en rebuscar. Siempre nos referimos al maletín como el «cofre del tesoro». Y buscar dentro me trae recuerdos de cuando era pequeña. Es un maletín pasado de moda que parece a prueba de balas. Negro y resistente por fuera. Lila podría conseguir un modelo más nuevo, pero a ella le gusta este. Dice que es perfecto para llevar los productos sin que se rompan.

Saco un pequeño frasco con la forma de una niña con una falda de vuelo. Si le das un par de vueltas, lo puedes destapar por la cintura. Lo abro y de la falda sale un fuerte olor a jazmín.

Cuando se termine el perfume, Lila colocará el frasco con el resto de las botellitas decorativas que adornan el alféizar de su ventana. Geishas disecadas, rosas, un montón de objetos desechables, pero que no se atreve a tirar.

Aumenta el volumen de la música de fondo y alza la